

ECOS DE LA PALABRA

No temáis ¡confiad!

Reflexiones sobre el evangelio de Marcos 4, 35-40 (Domingo 12 del Tiempo Ordinario - Ciclo B)



Ya falta menos para las famosas fiestas de San Fermín en Pamplona. La ciudad, a pesar de la entrada tímida del buen tiempo, se va preparando con entusiasmo para uno de los acontecimientos más esperados del año y para recibir a cientos de visitantes. Una de las ofertas de las fiestas que requiere una preparación mayor son las barracas con las atracciones mecánicas pues cualquier fallo, por mínimo que sea, puede poner en peligro la vida de quienes las utilizan. El fruto de la cuidadosa instalación es que cuando

acudimos a las atracciones, no sin un poco de temor, podemos leer un aviso imaginario que dice: No temáis, confiad.

El temor que nos genera la velocidad o la altura de las atracciones mecánicas también lo experimentamos en algunas dimensiones más profundas de nuestra vida. ¿Quién de nosotros no ha sentido temor ante situaciones desconocidas que se escapan de nuestro control? ¿Quién de nosotros no ha sentido temor ante una enfermedad complicada? ¿Quién de nosotros no siente temor al comenzar una experiencia laboral o una relación? ¿Quién de nosotros no ha sentido temor ante las situaciones que ponen en peligro nuestra integridad personal?

Lo contrario a la fe, como lo hemos compartido en otra ocasión siguiendo a Dolores Aleixandre, no es la increencia sino el temor, como el que sienten los discípulos en la barca cuando la mar se agita. Ante el grito del temor: “¿No te importa que nos hundamos? Jesús exhorta a sus discípulos a la confianza, a fiarse de un Dios que nunca les abandona aunque la situación sea la más adversa que se pueda imaginar. El temor no tiene cabida en los corazones de quienes se abandonan en las manos de un Dios que es Padre-Madre, que no se cansa de amar aunque en algunas ocasiones le demos la espalda. El temor no tiene cabida en los corazones de quienes creemos que Dios no se desdice porque es fiel a su plan de salvación para todos y porque la iniciativa es de Él, que nos amó primero.

Para ahondar en esta exhortación a la confianza os propongo desentrañar estas tres imágenes del evangelio:

La tempestad. Ninguno de nosotros, tanto a nivel personal como comunitario, está exento de vivir alguna temporada de mar agitada, de situaciones adversas que hacen que el piso se nos mueva generándonos sentimientos de inseguridad y temor. Las complicaciones de la vida cortan las alas de nuestra creatividad, frenan nuestras iniciativas y nos hacen incapaces de asumir los riesgos que la apuesta por construir un modelo alternativo de sociedad nos demanda.

A lo largo de la historia, la barca de la Iglesia ha sido agitada por mares turbulentos, hoy no es la excepción. Hay agitaciones que provienen de fuera, de los actores sociales que se resisten a ver a la Iglesia como un actor importante en el panorama mundial. ¡Cuántos líderes de la política y la economía mundial, por ejemplo, querrían acallar la voz profética de Francisco cuando denuncia una economía que mata y que está acabando con el planeta como al parecer denuncia en la Encíclica *Laudato Si!* Hay otras agitaciones, quizá más dolorosas, que se generan al interior de la comunidad cuando nos dividimos entre *progres* y *conservadores* como si la verdad tuviese dueño.

Turbulencias siempre ha habido y siempre habrá, quizá la clave está en cómo las asumimos y cómo evitamos que éstas minen nuestra confianza y nos hagan hombres y comunidades timoratas.

El sueño de Jesús. En medio de la tormenta Jesús duerme plácidamente. La compañía de Jesús que protege y acompaña no disminuye la libertad y la responsabilidad de la comunidad y de los sujetos. Interviene desde la prudencia de manera que cada uno pueda sacar lo mejor de sí aún en medio de la adversidad. La confianza en Jesús no implica asumir actitudes infantiles y dejar que los otros solucionen los problemas. Él está con nosotros pero nosotros debemos dar lo mejor de lo nuestro.

La calma. Los que creemos tenemos la certeza de que Jesús está con nosotros y que nos podemos fiar de Él:

- Su presencia nos anima en los esfuerzos que hacemos para superar las situaciones que podrían generarnos temor.
- Su presencia ilumina el horizonte que hace que nuestros pasos, aunque a veces sean titubeantes, estén encaminados hacia un futuro promisorio y feliz.
- Su presencia, a veces silenciosa y modesta, nos alienta y nos exige para que saquemos lo mejor de nosotros mismo.
- Su presencia, serena y firme, nos permite ver más allá de nuestro propio amor, querer e interés y soñar una calma para todos.
- Su presencia nos basta para vencer el temor porque sabemos que nadie como él nos ama hasta dar su vida por nosotros.
- ¿Quién es este? Los que creemos tenemos fácil la respuesta: Es nuestro Señor, en quien ponemos toda nuestra confianza.

Javier Castillo, sj
Director del Centro Loyola de Pamplona